

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

El semblante masculino y la mujer.

Thompson, Santiago.

Cita:

Thompson, Santiago (2015). *El semblante masculino y la mujer. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/855>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/qvu>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SEMBLANTE MASCULINO Y LA MUJER

Thompson, Santiago

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En el presente trabajo, el autor propone que, en el varón, la preservación del semblante entra en conflicto con el encuentro con una mujer. Se sostiene para justificar tal propuesta en los desarrollos del seminario 18 de Jacques Lacan relativos al semblante masculino articulado al falo y al goce. El punto pivote para el recorrido es la afirmación lacaniana de que el encuentro con una mujer es la hora de la verdad para el varón.

Palabras clave

Discurso, Verdad, Lacan, Sexuación

ABSTRACT

MALE'S SEMBLANCE AND THE FEMALE

In this paper the author proposes that on male preservation of the semblance {semblant} comes into conflict at the encounter with a female. To justify such a proposal, the author finds support in the developments of Lacan's 18th seminar about the male's semblance {semblant} articulated to the phallus and the jouissance. The pivot point for this argument is the Lacanian statement: "the encounter with a female is the hour of truth for a male".

Key words

Discourse, Truth, Lacan, Sexuation

En nuestros días, la tan mentada desorientación masculina ocupa un lugar destacado, tanto en la producción psicoanalítica como en las publicaciones de interés general. Entiendo que es posible abordar tal fenómeno con algunos conceptos puestos de relevancia por Lacan, tales como el de semblante. El pasado año me ocupé de delimitar tal categoría.^[1] Me propongo ahora situar el modo en que, en el varón, la preservación del semblante entra en conflicto con el encuentro con una mujer. El punto pivote para nuestro recorrido la afirmación lacaniana -correspondiente al *seminario 18*- de que el encuentro con una mujer es "la hora de la verdad" para el varón.

En su *seminario 18*, Lacan introduce la categoría de semblante. La noción de semblante sitúa en el campo discursivo en el encuentro entre los sexos. Hombre y mujer son dos semblantes ordenados a partir del falo, y el encuentro entre los sexos pone a prueba (y da pruebas de) tales semblantes: afirma allí Lacan que "lo que define al hombre es su relación con la mujer, e inversamente" (Lacan 1971, 31). En línea, subraya que para el varón "se trata en la adultez de hacer de hombre. Esto es lo que constituye la relación con la otra parte. [...] Uno de los correlatos esenciales de este hacer de hombre es dar signos a la muchacha de que se lo es. Para decirlo todo, estamos ubicados de entrada en la dimensión del semblante" (Lacan 1971, 31) (el subrayado es mío). Para el varón, el ser pasa por, justamente, "ser hombre". Y una de las vías privilegiadas para ser hombre es dar signo a la mujer de que se lo es. Es decir, ser es hacer semblante de que se es... hombre. Me parece importante destacar el valor que tiene para el ser hablante este "dar signos"

de que se es hombre. El semblante, aquello que da consistencia al ser, se sostiene en un *parecer*, es decir, en la impostura masculina.

El encuentro con una mujer

El encuentro con una mujer, entonces, implica poner en juego el semblante, apuntando a una verdad que queda velada. Lacan va recortando en el *seminario 18* "lo que representa una mujer":

"En esta operación de semblante, tal como la que acabamos de definir a nivel de la relación hombre y mujer, ¿cuál es el lugar del semblante, del semblante arcaico, cuál es, en el fondo, su parte fundadora? Seguramente es por lo que vale la pena detenerse un poco más en lo que representa la mujer." (Lacan 1971, 33)

Invita a reflexionar que representa una mujer para un hombre. Y lo que representa el encuentro con una mujer para el varón es el encuentro con la hora de la verdad:

"Para el hombre, en esta relación la mujer es precisamente la hora de la verdad. Con respecto al goce sexual, la mujer está en posición de señalar la equivalencia entre el goce y el semblante." (Lacan 1971, 33)

¿Qué implica ubicar en tal encuentro la hora de la verdad? Lacan especifica que el encuentro con una mujer supone discernir la equivalencia entre goce y semblante, es decir "pesar el semblante con la balanza del goce". Revela si el goce está a la altura, o no, de lo que el varón promueve a nivel de lo que da a ver, es decir, a partir del semblante. Si en el lugar de la verdad ubicamos el goce, la mujer viene allí a situar que de la segunda línea de los discursos (es decir, en el lugar de la verdad) funciona como soporte de lo que se presenta a nivel de la primera, es decir, a nivel del semblante:

"En esto yace la distancia a la que el hombre se encuentra de ella. Si hablé de hora de la verdad, es porque es esa a la que toda la formación del hombre está hecha para responder, manteniendo contra viento y marea el estatuto de su semblante." (Lacan 1971, 33)

Es interesante la referencia que hace Lacan a "la formación del hombre". Supone que el varón está formado para responder, cueste lo que cueste, "contra viento y marea", en función de mantener su semblante. Y el encuentro con una mujer es "la hora de la verdad", es decir un momento donde el semblante se pone en riesgo. Si el hombre "se hace hombre" a partir del encuentro con una mujer, entonces de ello se sigue que un varón evitara, en la medida de lo posible, rehusar abiertamente al encuentro.

Emergen entonces formas enmascaradas en las que el varón se las arregla para evitar el encuentro, recurriendo a las máscaras que la neurosis le provee para sostener al mismo tiempo su semblante, en el campo de la impostura. El varón resignara cualquier cosa, menos el semblante. Ser varón es hacer semblante de serlo, y el temor a la caída del semblante es una metáfora usual de la angustia de castrotración. Ello marca incluso textos fundamentales de Freud, como

el caso del olvido del nombre propio "Signorelli". Como señala Lacan en la segunda clase del *seminario 11*, en el dialogo que Freud sostiene con su compañero de viaje, solo se habla de la potencia sexual, y de su pérdida.

En consecuencia las paradas entre varones se le hacen al neurótico ampliamente preferibles al encuentro con una mujer. En el campo del deporte (en nuestro país, el futbol) vemos cómo se juega todo el tiempo el semblante en la victoria o derrota, y en los modos de conseguir el triunfo. El consabido "aguante" es una forma otra (otra que el encuentro con una mujer) de sostener el semblante masculino. En tal sentido, Lacan subraya la preferencia del varón por los rivales por encima del encuentro con una mujer:

"Ciertamente es más fácil para el hombre enfrentar cualquier enemigo en el plano de la rivalidad que enfrentar a la mujer, por cuanto ella es el soporte de esta verdad, el soporte del hecho de que hay semblante en la relación del hombre con la mujer." (Lacan 1971, 33-34)

La figura del rival deja al varón una vía facilitada para preservar su semblante. Es notable en *Hamlet* lo que se presenta en el entierro de Ofelia como parada masculina entre Hamlet y Laertes. Ofelia hasta entonces degradada como objeto de deseo, solo toma valor ya muerta, y solo a través de la rivalidad entre Hamlet con su hermano. En vida, padeció los términos más degradantes por parte de Hamlet, quien además asesina a su padre y esconde su cadáver. Inclusive Ofelia solo es cortejada cuando, en la famosa "escena sobre la escena", Hamlet se posa en su falta, como soporte de la parada que tiene con Claudio. Enfrentado a solas con Ofelia, la manda a un convento. Es un observable clínico como tales disputas entre varones quedan enmascaradas bajo la forma la direccionalidad hacia una mujer supuestamente deseada.

Así en la guerra como en las batallas deportivas, el semblante (y "la honra") quedan preservados. Tales paradas masculinas están cargadas de un sentido que da cuerpo al semblante: allí se juega la valentía, el "tener huevos", "el aguante". Es conocida la parábola del varón que manda en su trabajo, mientras que en hogar se somete a "la patrona", como ya lo graficaba el famoso film "The Wall": el maestro que "pega a los niños", para volver a su casa a ser el mismo un niño sometido a los designios de una mujer obesa. Cabe también recordar aquí el film *Legends of the Fall* (conocido en nuestro medio como "Leyendas de pasión"), en uno de los hermanos, idealista, prefiere marcharse a la guerra, mientras que otro elige el encuentro con la mujer que este ha dejado para después. Es claro aquí como el retroceso del varón se viste con los ropajes de la valentía, por medio del recurso al rival, incluso al enemigo que lo lleva a la muerte. Literalmente, se pone en juego la vida, pero no el semblante. En esta línea, Lacan ubica el drama subjetivo del varón como un cruce entre dos goces:

"A decir verdad, que para el hombre el semblante sea aquí el goce indica suficientemente que el goce es semblante. Por estar en la intersección de estos dos goces, el hombre padece al máximo el malestar de esa relación que designamos como sexual, como decía alguien, esos placeres que llamamos físicos." (Lacan 1971, 34)

Por un lado entonces, lo que podemos ubicar como "el goce del semblante". Por el otro lado, el plus-de-gozar propio del placer físico. El hombre padece al máximo el malestar del encuentro sexual, en cuanto el goce del encuentro sexual pone en riesgo el semblante. La mujer es allí la puesta a prueba del semblante. Es ella la que "pone las cosas en su lugar" respecto del semblante.

El encuentro sexual, por más logrado que sea, marca un límite al goce que es siempre un cortocircuito respecto del goce supuesto al encuentro. En la clínica se escucha el caso de hombres que se niegan a eyacular, como modo quizás de conservar el semblante, de "no perder" ante una mujer. Como recordamos Lacan ubica ya en "Kant con Sade" del varón está "sometido al placer, cuya ley es hacerlo quedar siempre corto en sus miras" (Lacan 1962, 735). En esto la mujer tiene más libertad, porque el goce y el semblante en ella no van necesariamente por el mismo camino. Mientras que el goce y el semblante, corren la misma suerte para el varón en el encuentro con una mujer.

En el *seminario 17*, ya recortaba este aspecto del encuentro Lacan al afirmar que "las mujeres están menos encerradas que sus *partenaires* en el ciclo de los discursos". Mientras que el hombre, "el macho, lo viril, tal como lo conocemos, es una creación de discurso - por lo menos, nada de lo que se analiza de él puede definirse de otro modo. No puede decirse lo mismo de la mujer" (Lacan 1969-70, 58). El varón está hecho de eso que se juega en encuentro del semblante con el Otro. Dicho en otros términos, mientras que en el encuentro para el varón se pone en juego su semblante masculino, para la mujer lo que se juega será en todo caso su lugar en el *partenaire*. Esta verdad aparece justamente en la enunciación de nuestros analizantes. Mientras que un varón hará gala de su potencia, e incluso su *parada* respecto de los pares - "la maté", "yo la cojo bien cogida, no como el marido", "no sabes la mina que me estoy volteando" - o bien lamentará su impotencia sin referencia alguna al *partenaire* - "soy eyaculador precoz", "no se me paró" -. La mujer en cambio, típicamente se refiere a su lugar en el otro - "tenemos piel" (nótese como en es decir se incluye al *partenaire*), "no le gustó", "No me quiere coger", "quiero un tipo que me dese" - o bien simplemente, ante un eventual fracaso, concluirá con un "son cosas que pasan". En las formas contemporáneas de la histeria, ella apuntará a su potencia o impotencia. Mientras que en lo que a ella concierne no mide su semblante con la vara del goce:

"En cambio, nadie conoce mejor que la mujer, porque en esto ella es el Otro, lo antagónico del goce y del semblante, porque ella presentifica eso que sabe, a saber, que goce y semblante, si se equiparan en una dimensión de discurso, no se distinguen menos en la prueba que la mujer representa para el hombre, prueba de la verdad, simplemente, la única que puede dar su lugar al semblante como tal." (Lacan 1971, 34)

En la dimensión del discurso mientras el semblante funciona como agente, el goce ocupa el lugar de la verdad. En la prueba que la mujer representa para el hombre, esa verdad queda sujeta a revisión. Y ello porque conmueve la posición sexuada del sujeto. La posición sexuada del sujeto es aquello que da soporte al semblante.

Aquí el falo como instrumento en cuanto ligado al semblante masculino se pone a prueba. Lacan sitúa a solidaridad entre el falo, el goce sexual y el semblante:

"El falo es propiamente el goce sexual por cuanto está coordinado con un semblante, es solidario de un semblante" [...] "He aquí lo real, lo real del goce sexual, en la medida en que se lo despeja como tal, es el falo." (Lacan 1971, 33)

Como ya lo ubicaba Lacan en el *seminario 5* en esa versión edípica de la masculinidad que trasunta la función paterna, es preciso que lo que ha prometido (a nivel del semblante) lo mantenga: "del hecho de que él lo tiene, el falo, ha de dar alguna prueba" (...) "Aquí inter-

viene, por lo tanto, el hecho de la potencia en el sentido genital de la palabra” (Lacan 1957-58, 200). Hombre es el que pone el cuerpo en el encuentro. Y respecto de la verdad que evidencia el encuentro, el neurótico se horroriza:

“Debemos decirlo, todo lo que se nos enunció como el resorte del inconsciente no representa más que el horror de esta verdad.” (Lacan 1971, 34)

Lacan agrega “es lo que suele empaquetarse bajo la rúbrica del complejo de castración” (Lacan 1971, 34). El resorte del inconsciente, si reducimos tal complejo a su expresión mínima, no es otro que la angustia de castración.

El falo y el soma

Lacan subraya la función del falo, en cuanto elemento tercero, es la que vuelve insostenible la bipolaridad sexual. Es un elemento tercero que hace obstáculo a la relación. El falo, como ubicamos anteriormente, transmuta el par hombre-mujer en un ser y tener. Ser y tener que Lacan sitúa como un *parecer*. Es decir, inscribe el encuentro sexual en el campo del semblante. En tal sentido, afirma Lacan:

[...] el lenguaje [...] tiene reservado su campo en el hiato de la relación sexual tal como lo deja abierto el falo. Lo que este introduce allí no son dos términos que se definen como macho y como hembra, sino esa elección que se produce entre términos de naturaleza y función bien diferentes, llamados el ser y el tener.

Lo que lo prueba, lo que lo sostiene, lo que vuelve absolutamente evidente, definitiva, esta distancia, es eso cuya diferencia no parece haberse notado, es la sustitución de la relación sexual por lo que se llama ley sexual.” (Lacan 1971, 63)

La ley sexual implica que el falo introduce en el encuentro sexual la oposición tumescencia-detumescencia. En esta vía, Lacan aborda la dimensión de instrumento del falo: lo separa del pene comparando la relación de ambos con la división del cuerpo que requiere la utilización de un instrumento. Habla aquí el tañido de la flauta y del manejo del palo de golf, ubicando en ambos casos una división del cuerpo que implica una ruptura de la sinergia (Cf. Lacan 1971, 65): ubica Lacan que “hay dos tipos de movimientos que deben hacerse a la vez y no lo lograrán al comienzo de ninguna manera, porque sinérgicamente la cosa no se dispone así” (Lacan 1971, 65).

Se detiene particularmente en el desdoblamiento que hay en el canto, donde hay que dividir el cuerpo: “dividir dos cosas que son completamente distintas, pero que suelen ser absolutamente sinérgicas” (Lacan 1971, 65): la impostación de la voz y la respiración. Tales habilidades suponen entonces una división del cuerpo que rompe con la sinergia.

Se pregunta en tal sentido si “todavía hay en algún lado un saber del instrumento falo” (Lacan 1971, 63). Podemos ubicar este saber sobre el manejo del instrumento, del lado de una dimensión muy pregnante del encuentro sexual: la dimensión de la *performance*. Esta dimensión es totalmente solidaria de lo que aquí Lacan ubica como la ley sexual. No solo se trata de tener sino de “saber usarlo”. Este paralelo le sirve para distinguir la función del falo como instrumento, del pene:

“el instrumento falo, según indiqué, no debe confundirse en absoluto con el pene. El pene por su parte se determina por la ley es decir por el deseo, es decir, por el plus-de-gozar, es decir, por la causa del deseo, es decir por el fantasma.” (Lacan 1971, 65)

Mientras la función del falo implica al cuerpo como instrumento, y ligado a entonces a la dimensión de la performance, el pene queda del lado de lo que del cuerpo responde a la “sinergia del deseo” sostenida en el fantasma. Se abre entonces una disyunción entre la *performance* y el deseo por la intrusión del falo en el encuentro entre los sexos. Por un lado, una vertiente que implica el dominio del cuerpo, por la otra el soporte erótico que responde al deseo. El falo como instrumento entonces, eleva el soma a la dimensión del semblante, mientras que el órgano sexual que hace lo que quiere, menos sujeto al semblante que al plus-de-gozar, menos sujeto a la voluntad que al deseo del ser hablante. En términos discursivos, por un lado el semblante que suple la imposibilidad del encuentro con el Otro. Por otro lado, en la segunda línea, la verdad asociada al deseo.

Esta división del cuerpo se presentifica en la hora de la verdad que supone el encuentro con una mujer: tal encuentro pone a prueba la equivalencia entre el semblante y el goce. Entre el falo como instrumento y el pene, sujeto al deseo. Que allí no haya un hueso, es decir una garantía, es una de las formas de decir que no hay proporción sexual. En su lugar lo que emerge -ubica Lacan - es el deseo y su funcionamiento:

“Y allí el saber supuesto de la mujer que sabría encuentra un hueso, justamente, ese que falta al órgano, si me permiten continuar en la misma línea, porque en ciertos animales hay un hueso. Sí. Allí hay una falta, es un hueso faltante. No es el falo, es el deseo y su funcionamiento. Como resultado, una mujer no tiene testimonio de su inserción en la ley, de lo que suple a la relación, más que por el deseo del hombre. [...] No hay esperanza de *languajejar* el instrumento fálico” (Lacan 1971, 65-66)

Entonces la vía para sostener el encuentro fracasa si se soporta en meramente en la primera línea del discurso, es decir, en el semblante. Que no hay relación sexual quiere decir que a nivel discurso no hay semblante que se sostenga por sí solo en el encuentro. El encuentro implica un pasaje del *parecer* del semblante a al campo del fantasma. Sin este pasaje es imposible sostener una posición en términos de potencia. Más adelante, a propósito de la escritura, Lacan retoma esta cuestión:

“La escritura no es nunca, desde sus orígenes hasta sus últimas variaciones técnicas, más que algo que se articula como hueso cuya carne sería el lenguaje. Por eso demuestra que el goce, el goce sexual, no tiene hueso, eso de lo que uno dudaba por el comportamiento del órgano que en el macho hablante produce su aspecto cómico.” (Lacan 1971, 139)

En el *seminario 23*, precisa esta disyunción, poniendo de un lado el goce peniano, asociado a lo imaginario y a al propio cuerpo, y el goce fálico, en la intersección de lo simbólico y lo real. Es decir, tomado por el significante, lo que ubica a altura del *seminario 18* como la ley sexual:

“El goce llamado fálico no es, por cierto, en sí mismo el goce peniano. El goce peniano surge con respecto a lo imaginario, es decir, al goce del doble, de la imagen especular, del goce del cuerpo. Este constituye propiamente los diferentes objetos que ocupan las hiancias cuyo soporte imaginario es el cuerpo. En cambio, el goce fálico se sitúa en la conjunción de lo simbólico con lo real. Esto en la medida en que, en el sujeto que tiene su soporte en el *parlêtre*, que es eso que designo como el inconsciente, está el poder de conjugar la palabra con cierto goce, ese llamado fálico, que se experimenta como

parasitario, debido a la palabra misma, debido al *parlêtre*. Inscribo, pues, aquí el goce fálico como contrapeso a lo que ocurre con el sentido. Es el lugar de lo que el *parlêtre* designa, a conciencia, como poder.” (Lacan 1975-76, 55-56)

El falo es tomado por la palabra, mientras el pene queda meramente tomado por lo imaginario, en la vía de la dualidad propia de la imagen especular. En términos tempranos de Lacan, el goce peniano queda del lado de la imagen especular dual, mientras que el goce fálico implica la inserción del espejo vertical, en otros términos el lugar del Otro que introduce la ley sexual. En esta vía, volviendo al *seminario 18*, Lacan sostiene:

“La ruptura que hemos ubicado entre el falo como instrumento y el soma- supone que el goce sexual no se escribe. Por lo tanto el semblante del macho hablante está siempre al borde de un efecto cómico.

Pero la escritura, no el lenguaje, la escritura da sostén a todos los goces que, por el discurso, parecen abrirse al ser hablante. Al darles sostén, subraya lo que era ciertamente accesible, pero estaba enmascarado, a saber, que la relación sexual falta en el campo de la verdad porque el discurso que la instauro solo proviene del semblante — abriendo el camino a goces que parodian — es la palabra apropiada — ese que es efectivo, pero que le sigue siendo ajeno.

Tal es el Otro del goce, para siempre *inter-dit* [entre-dicho/prohibido] al que el lenguaje solamente le da habitación proveyéndolo — ¿por qué no usaría esta imagen? — de escafandras.” (Lacan 1971, 139)

La relación sexual falta en el campo de la verdad, porque en ese lugar lo que se evidencia es que la verdad del semblante, del y el tener el falo, es la castración -del lado del varón, lo que hemos ubicado como la fractura narcisista que produce la disyunción entre el falo como instrumento y el soma. En el horizonte de la parodia de los sexos, Lacan sitúa el Otro goce -ese que sería efectivo, por no estar sujeto a ser semblante del falo. Pero este está por fuera del lenguaje es decir, no es subjetivable- por lo tanto no es subsumible a un semblante, y solo emerge del lado macho como un supuesto, derivado del límite que impone el cuerpo al goce fálico. Es decir: la mujer, al contrario del varón, no se idéntica con sus orgasmos. De ahí que solo es aprehensible como una X, aislada con escafandras. No entra en la dialéctica de los semblantes.

Lacan vuelve en este contexto sobre la dialéctica entre la verdad y el semblante, en términos de goce:

“Mi divertida prosopopeya del *Yo hablo* en el escrito citado hace poco, “La Cosa freudiana” [...] Nada se dice allí más que lo que hablar quiere decir — la división sin

remedio del goce y del semblante. La verdad es gozar haciendo semblante y no confesar en ningún caso que la realidad de cada una de estas dos mitades solo predomina afirmando ser del otro, es decir, mintiendo alternadamente. Tal es el medio-dicho de la verdad.” (Lacan 1971, 141)

De un lado el semblante. De este lado dejamos la función de instrumento del falo. Del otro lado el goce, del lado del órgano detumesciente, en el lugar de la verdad. Cada uno solo predomina afirmando ser del otro. El semblante se presenta como deseante y el deseo se presenta como potencia.

En síntesis, a lo que está sujeto el varón es al desdoblamiento entre el falo instrumental y el soma. Es decir, de lo que llamamos cas-

tración. Desdoblamiento que se presentifica en el encuentro con una mujer y que pone en cuestión el semblante masculino. Avanzar o retroceder en ese punto supone la diferencia entre la cobardía neurótica y soportar las marcas del hacerse hombre.

NOTA

[i] Thompson, S. “La categoría lacaniana de semblante”. En Memorias del VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXI Jornadas de Investigación. Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR: “Adicciones: Desafíos y Perspectivas para la Investigación Científica y la práctica Profesional”

Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA. Psicoanálisis, 571-573, 2014.

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, J. (1957-58) El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós, 1999.

Lacan, J. (1968-69) El Seminario. Libro 16: De otro al otro. Buenos Aires: Paidós, 2008.

Lacan, J. (1969-70) El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1992.

Lacan, J. (1971) El Seminario. Libro 18: De un discurso que no fuera del semblante. Buenos Aires: Paidós, 2009.